

do bajo los efectos poderosos de las primeras horas del amanecer, los mosquitos casi devoran al anciano, él prepara minuciosamente su lucha. Con los rayos del sol llega la venganza deseada. Entonces el anciano inicia un persecución de cada uno de los insectos satisfechos. Este acto de justicia le da la posibilidad de saciar el hambre y un desquite que lo ayudan a pasar otro día de su desgraciada existencia. Los mosquitos son destruidos en las palmas de sus manos, y luego lame su propia sangre.

Justo es reconocerlo. José Luis Garcés González reúne en *La efímera inmortalidad de los espejos*, un abanico de alternativas narrativas y estructurales dentro de las letras de nuestro continente y logra demostrar que es uno de los mejores representantes de la literatura colombiana actual.

Raúl Hernández Viveros

Adiós al proletariado

La más reciente obra de Andre Gorz probablemente signifique una sorpresa para aquellos lectores que tengan ya conocimiento de los trabajos anteriores de este teórico del socialismo. *Adiós al proletariado (Más allá del socialismo)*¹ constituye, como su propio título indica, una despedida y el inicio de un nuevo viaje. En efecto, en este libro Andre Gorz

¹ Editorial *El viejo Topo*, Barcelona, 1981.

nos expone las razones por las cuales el movimiento obrero y el marxismo han de ser considerados como alternativas ya agotadas a las cuales conviene decir adiós. Sin embargo, no se trata de un texto de carácter antimarxista. Al contrario, el autor no renuncia a su pasado teórico, sino que continúa la línea de trabajo que, en ensayos ya publicados en español², intentaba delinear nuevas alternativas al movimiento socialista. Consecuente con esta aspiración, Gorz se pregunta por las causas del fracaso actual de las estrategias sindicales y partidarias que, apoyándose en la teoría marxista, combaten al capitalismo. De este análisis resulta la necesidad de pensar con otras categorías y otras perspectivas, pero sobre todo con otras finalidades, la posibilidad de un cambio revolucionario en los países capitalistas más desarrollados.

Seguramente muchos de los problemas que Gorz reflexiona en este libro son en gran medida todavía ajenos a las circunstancias que vive el capitalismo periférico y subdesarrollado en el cual vivimos. Sin embargo, los problemas centrales que ahí se plantean son, en esencia, los mismos que tendrá que resolver una estrategia socialista en nuestros países. De hecho, el mismo Gorz ha cuestionado la separación que tradicional-

² Cfr. *Estrategia obrera y neocapitalismo*, Ed. Era; *Historia y Enajenación*, Ed. FCE; *La división capitalista del trabajo*, Ed. Siglo XXI, Col. Pasado y Presente; *Economía y política de la acción sindical*, Ed. Siglo XXI, Col. Pasado y Presente. *Ecología y política*, Ed. El Viejo Topo.

mente se establece entre las dificultades y problemas que enfrentan los movimientos socialistas en los países imperialistas y los que sufren los países subdesarrollados. En 1966, durante una visita a nuestro país, Gorz participó, al lado de Erich Fromm, Herbert Marcuse y Serge Mallet, en un coloquio sobre la Sociedad Industrial³, en el cual leyó el texto "El colonialismo por dentro y por fuera". En él, afirmaba que el colonialismo no es sólo una práctica *externa* del capitalismo moderno (ejercida manifiestamente en los países dependientes) sino también una práctica *interna*, que actúa dentro del mismo país imperialista y se prolonga sin solución de continuidad más allá de sus fronteras. Por esa razón, decía Gorz, la nueva izquierda de los países imperialistas ha debido enfrentarse no sólo contra las manifestaciones del imperialismo fuera de sus fronteras, sino contra el sistema económico mismo que es el fundamento del imperialismo en el exterior y de la miseria en su territorio. El imperialismo es incapaz de resolver en los países dependientes problemas que son del mismo tipo que los que están sin solución en los países dominantes. Es decir, el capitalismo de monopolio se ha revelado impotente para resolver en sus metrópolis los problemas de empleo (desempleo), de enseñanza, de desarrollo equilibrado del espacio económico nacional, de disparidades de ingreso, de desigualdad de oportunidades, de

³ *La sociedad industrial contemporánea*, Ed. Siglo XXI.

conservación de las riquezas naturales, de servicios colectivos y de equi-
pos sociales, que también agobian a
nuestras sociedades. El imperialismo
no puede ser derrotado en su perife-
ria si no es atacado también en sus
posiciones metropolitanas. De ahí
que la situación y los problemas del
movimiento obrero y socialista en los
países capitalistas avanzados concier-
nan e interesen a los pueblos del
mundo entero.

El libro que de esta forma suscita
nuestra atención, está compuesto de
tres partes. En la primera, *Adiós al
proletariado*, Gorz analiza el proce-
dimiento que siguió Marx para cons-
truir el concepto de clase obrera y
descubre que éste tiene una inspira-
ción hegeliana. Es decir, a juicio de
Gorz, el concepto de “proletariado”
opera una violencia sobre la realidad
empírica de los individuos proleta-
rios: pesa más la idea —la misión
que éstos tienen que cumplir— que
su terrenalidad concreta. En este
sentido, Gorz habla irónicamente del
proletariado según San Marx, recor-
dando con ello la forma en que el
mismo Marx trató a los jóvenes he-
gelianos por un pecado semejante.
Gorz pretende mostrar cómo, en los
hechos, ha habido una reestructura-
ción de la composición de la fuerza
de trabajo bajo el impulso de las nue-
vas revoluciones tecnológicas capita-
listas y cómo ello ha abolido las con-
diciones de poder que Marx le atri-
buía al obrero colectivo.

En la segunda parte, *Poder perso-
nal y poder funcional*, el autor cen-
tra su atención en el carácter nece-
sariamente impersonal del poder ca-

pitalista, la naturaleza anónima de
las decisiones burocráticas y denun-
cia las pretensiones de personalizar
el poder mediante la tentativa
fascista.

En la tercera y última sección,
Más allá del socialismo, se funda-
menta la tesis principal del libro: la
muerte y resurrección del sujeto his-
tórico, la no-clase de los proletarios
post-industriales. Asimismo, se rei-
vindica la necesidad de separar la es-
fera del trabajo socialmente necesario
y suspeditado a fines externos, de la
esfera de la autonomía individual,
postulada ahora como el nuevo ám-
bito de liberación respecto del traba-
jo productivo enajenado. El libro
ofrece al final un anexo donde se re-
cogen diversos textos —entrevistas,
utopías, informes, reseñas— que
muestran las fuentes de la inspira-
ción del autor.

Adiós al proletariado es, según pa-
labras del mismo Gorz, un ensayo en
el sentido literal del término: no pre-
tende ofrecer respuesta a todas las
cuestiones que plantea. Y, en efec-
to, el libro ensaya, intenta, con una
imaginación y una lucidez admira-
ble, poner de relieve los temas y las
orientaciones en torno a las que po-
dría renacer una izquierda portado-
ra de *futuro* y no de nostalgias.

¿Cuáles son esos temas? En primer
lugar, el problema de la *abolición
del trabajo*. Se podría afirmar que
todo el libro gira alrededor de la ac-
tualidad subversiva de la tesis enun-
ciada por Marx en 1857 en los *Grund-
risse*: “ha llegado el momento en
que los hombres ya no harán aque-

llo que las máquinas pueden hacer.”
Aún más: podría decirse que Gorz no
hace sino confirmar, con estudios e
investigaciones nuevas, la vigencia
política de una de las principales
conclusiones del primer libro de *El
Capital* de Marx: el pleno empleo en
la economía capitalista es sólo una
ilusión reformista. Para Gorz, la
abolición del trabajo es ya, en la
práctica, un proceso en curso: de
acuerdo a numerosos indicadores
elaborados por los más diversos cen-
tros de investigación públicos y pri-
vados de los países industrializados
de Europa, en los próximos diez años
la nueva revolución tecnológica —
la automatización y la informática—
suprimirá de cuatro a cinco millones
de empleos. El posible crecimiento
económico implicarán necesaria-
mente la desocupación de un núme-
ro creciente de personas. En estas cir-
cunstancias, el problema consistirá
en la *forma* de gestionar la abolición
del trabajo.

Hay dos alternativas. O bien una
abolición opresiva y antisocial, o
bien una abolición liberadora y so-
cialmente controlada. O bien la ac-
tual sociedad del desempleo y la mi-
seria en la que, por un lado, hay una
masa creciente de parados y subem-
pleados en actividades ingratas y mal
remuneradas, y por otro, una aris-
tocracia de trabajadores protegidos.
O bien la sociedad del tiempo libre
que se esboza en los intersticios de la
sociedad presente, donde el trabajo
socialmente útil deja de ser la ocu-
pación principal o exclusiva de los in-
dividuos y cede su lugar a activida-
des autodeterminadas, efectuadas no

por dinero sino en razón del placer o ventajas que se encuentre en ellas.

Para Gorz, la separación entre derecha e izquierda se producirá en el futuro en torno al derecho a la *auto-producción*. El derecho a la autoproducción es fundamentalmente el derecho de cada comunidad de base de producir ella misma una parte al menos de los bienes y servicios que consume, sin que para ello tener que vender trabajo a los detentadores de los medios de producción ni tener que comprar o depender de los bienes y servicios de terceros. En esta medida, esta alternativa excluye que el Estado se haga cargo de los individuos; su sólo presencia, a través del salario social o el seguro de desempleo, sustituye la explotación por la asistencia, perpetuando la dependencia y la subordinación al poder central.

Entre trabajo asalariado y actividad autodeterminada existe la misma diferencia que entre valor de uso y valor de cambio. Trabajar a cambio de un salario es trabajar para poder comprar a otros —la sociedad en su conjunto— tanto tiempo como el que se le ha proporcionado. La actividad autodeterminada, por el contrario, tiene en sí misma su propia finalidad (por ejemplo, cuando se trata de actividades estéticas, como el juego o el amor, o también cuando se crean objetos destinados al consumo de las personas que lo producen). Abolir el trabajo solo representa una liberación si permite el desarrollo de actividades autónomas. En este sentido, la exigencia de trabajar menos no tiene como objetivo el descansar

más, sino poder hacer por sí mismo muchas cosas que el dinero no puede comprar e incluso una parte de lo que actualmente compra.

Sin embargo, la opción de la autoproducción no debe confundirse con el trabajo doméstico: éste no es sino el complemento del trabajo asalariado. La civilización industrialista ha encerrado a la mujer en las tareas domésticas —no directamente productivas— con el fin de que el hombre pueda emplear todo su tiempo y energía en las actividades productivas consideradas esenciales. Por ello, el trabajo doméstico más que un refugio de autonomía, ha sido un apéndice subalterno del trabajo asalariado para las grandes masas. La liberación de la mujer no puede pasar por la remuneración asalariada de su trabajo (como quieren algunas feministas) sino por la transformación de la división sexual del trabajo.

La abolición del trabajo no es, sin embargo, una consigna válida para todos. Gorz reconoce que para la capa de los obreros profesionales, orgullosos de su trabajo, la apropiación de los medios de trabajo y del poder sobre la producción continúa siendo el objetivo central. En tanto que la automatización socava el poder de los trabajadores sobre el proceso de producción, su preocupación principal es la defensa del trabajo y su cualificación. Plantearle otros objetivos equivaldría a distraerle de los ataques de la patronal. Sin embargo, para aquellos que no son una franja sino la mayoría actual o virtual de los obreros activos y que consideran su trabajo como una fastidiosa nece-

sidad en la que es imposible implicarse plenamente, la abolición del trabajo es su objetivo principal.

“A esta capa que vive el trabajo como una obligación exterior por la que pierde su vida al ganarla —dice Gorz— la llamo una no-clase de no-trabajadores: su objetivo no es la apropiación del trabajo sino su abolición. Y por esto es portadora de futuro.” Sin embargo, esto no quiere decir que este nuevo sujeto social haya desplazado a la clase obrera y sea ya capaz de tomar bajo su control el proceso de abolición del trabajo. No, nada de eso. Gorz solamente afirma que la nueva sociedad del tiempo libre —el comunismo— no podrá ser producida sin ni contra ella, sino sólo por y con ella.

La no clase de los no-trabajadores no sustituye a la clase obrera. En Marx o entre los marxistas, ésta clase es postulada como un sujeto que tiene una misión histórica que trasciende a sus miembros: la clase hace la historia y la sociedad futura a través de ellos pero sin que estos se enteren. “Es el pensamiento-sujeto por el que los obreros son pensados en su realidad: es impensable para ellos en su unidad sujeto, de la misma forma que el organismo es impensable para los miles de células que le componen o así como Dios es impensable para sus criaturas. Por esta razón es por la que ha podido tener sus sacerdotes, sus profetas, sus mártires, sus iglesias, sus papas y sus guerras de religión.” En cambio, la no clase de los refractarios a la sacralización del trabajo no tiene misión trascendente o virtud profética: son la negación del

poder y del sistema social en nombre, del derecho de cada uno sobre su propia vida. Y precisamente es este carácter libertario, ésta renuencia a la organización, a la delegación de funciones, la que marca su debilidad y su fuerza. Su fuerza, porque todo cambio social supone un trabajo extra-institucional de cambio cultural y ético. Ninguna libertad que no haya sido practicada por los mismos ciudadanos puede ser concedida desde arriba por el poder. Su debilidad, porque los nuevos espacios de autonomía conquistados serán marginados a menos que se lleve a cabo una reconstrucción de toda la sociedad. La preponderancia de las actividades autónomas sobre las heterónomas requiere una ruptura con la lógica de la acumulación capitalista, ruptura que sólo puede ser realizada por una acción consciente.

¿Cómo articular las acciones individuales con las generales? Gorz deja en suspenso esta pregunta. En la etapa actual, nos dice, es necesario atreverse a plantear cuestiones para las que no se tiene respuesta y poner de manifiesto problemas cuya solución está por hallar. De este modo, aunque el libro en su conjunto constituye una crítica de las formas de política hasta hoy realizadas por los partidos de izquierda, sus últimas páginas plantean una reflexión que debe ser seriamente analizada:

“A fuerza de rechazar o de someter el movimiento de las luchas para identificarse en el poder del Estado, presente o futuro, los partidos políticos han entrado en decadencia. Preocupados por conservar el mono-

polio, intentan impedir ahora que la política se desplace y renazca bajo otras formas y en otros terrenos. El descrédito de los partidos se ha incrementado. No hay por qué alegrarse de su suicidio. Con la muerte de la política se anuncia el nacimiento del Estado total.”

La ilusión crítica del materialismo histórico

Jean Baudrillard es un autor que se ha distinguido por el carácter innovador de sus aportaciones al debate en torno a los límites de la teoría marxista. Sus reflexiones acerca de la validez de las categorías creadas por el fundador del materialismo histórico son, sin lugar a dudas, impresionables. Hoy, que se cumplen cien años del fallecimiento de Karl Marx, no puede haber mejor homenaje a su obra que el análisis de sus conceptos a la luz de los problemas contemporáneos. En este sentido, Baudrillard constituye un punto de referencia irremplazable. La obra que aquí comentamos, *El espejo de la producción*¹, pareciera ser una suerte de síntesis de todas las objeciones que Baudrillard le ha planteado al materialismo histórico. Con base en los hallazgos más recientes de la teoría lingüística, psicoanalítica y antropológica, las diversas obras de Baudrillard han pretendido refutar algunos de los postulados más significativos

¹ Ed. Gedisa, Barcelona, Julio de 1980.

de la crítica de la economía política inaugurada por Marx hace ya más de un siglo.

El espejo de la producción o la ilusión crítica del materialismo histórico es un texto que exige mucho de sus lectores, no sólo por la actitud abierta a la crítica —cosa difícil cuando se concibe al marxismo como una verdad ya adquirida para siempre—, sino también por el conocimiento de múltiples autores contemporáneos: Heidegger, Lacan, Bataille, Deleuze, Clastres, Marcuse, etc. que constituyen la fuente de numerosos pasajes y argumentos enfrentados a la teoría marxista. Sin embargo, a pesar de las dificultades que ofrece, el lector seguramente quedará agradecido por el nivel con que se formula la discusión.

Baudrillard comenzó su trabajo de análisis de las categorías marxistas en 1968, con el libro *El sistema de los objetos*², donde ofrecía una brillante investigación del mundo de los objetos que rodean la cotidianidad del mundo moderno. Con ayuda de las categorías de la semiología y con una clara influencia de Roland Barthes, Baudrillard se proponía develar las estructuras del consumo en la sociedad burguesa actual. El resultado más importante de este análisis consistió en mostrar que la utilidad de múltiples objetos no es sino una coartada inventada por la publicidad para aumentar la esfera de consumidores de los productos de la gran industria moderna. De ahí, Baudrillard llegaba a la conclusión de que el va-

² Ed. Siglo XXI, México, 1969.